

BASES DE LA EDUCACIÓN ESPÍRITA A LA NIÑEZ

23 – 10 – 1.994

Se han enunciado muchas definiciones del concepto de educación.

Se podrían resumir diciendo que es “transmitir” con un objetivo trascendente; que es el de transformar al educando en sus conductas y en sus concepciones del mundo y de las cosas.

Esta transformación integral incluye una transmisión de conocimientos o “información” de los conceptos, que se considere que deben ser aprendidos, y una “formación” de la persona.

Este último aspecto es el más amplio y profundo, y completa la idea de una real transformación. Implica una entrega intelectual y emocional por parte de quien educa y una receptividad por parte del educando.

Se ha dicho (Debesse) que “la educación no crea al hombre, lo ayuda a crearse a sí mismo”. Esta concepción nos da la certeza de que cada ser tiene un cúmulo de potencialidades que el educador debe ayudar a descubrir, a liberar, a encauzar.

Quien educa ejerce su influencia intelectual, moral y sentimental. Promueve reacciones emotivas en el niño que se graban indeleblemente en su espíritu.

Quien educa es un artista capaz de modelar, brindándole cariño y conocimiento a quien conduce y guía.

En la proyección de su obra sólo tiene los límites que le impone su capacitación, su voluntad de superación, su imaginación y, por sobre todas las cosas, su capacidad de amar.

La educación, desde el punto de vista del niño, es desarrollo, y desde el punto de vista del maestro, es estimular el desarrollo del equilibrio emocional.

El desarrollo no es un mero acrecentamiento, es una reorganización constante, que debe culminar en el carácter, y lo que es más importante, saber adaptar lo aprendido, a situaciones de vida nuevas e inesperadas. Esto es lo que se llama “fenómeno de transferencia”, y no es sencillo de lograr, pues el educador no debe fundamentar su acción en el poder acumulativo de la memoria, sino en la capacidad creadora del razonamiento.

Quienes tienen acceso al conocimiento espírita deben sentir la necesidad de inculcar en los niños los principios esenciales de la doctrina, basándose en el desarrollo de la creatividad, la responsabilidad y la libertad de pensamiento.

Son palabras de Pold Bird (educadora):

“Cuantas veces decimos al hablar de los niños: este chico puede esperar, tiene toda la vida por delante.

Puede esperar para el paseo, para la carencia, para estar al lado de mamá... puede esperar la legislación que lo proteja, el arreglo del aula descascarada de la escuela... la construcción de una escuela, incluso.

Recién ahora, en momentos en que los psicólogos están tratando de convencer al mundo sobre la importancia que tienen en el hombre los primeros años de su vida, nos damos cuenta de la equivocación de esas aseveraciones.

El niño NO puede esperar, porque si espera se le va la infancia, se le hecha a volar la niñez, y allí donde tenía que haber un territorio de luz y de ternura, le queda un precipicio al que caerá cada vez que necesite recurrir al acopio de amor, de apoyo, de alegría y de pan, que debe ser la infancia.

El niño no tiene mucho tiempo por delante. Porque la niñez es breve. El que tiene mucho tiempo por delante es el hombre, la niñez dura apenas 10 años, la adultez dura el resto de los años que el ser siga viviendo.

A ese niño de breve infancia, apresurémonos a darle lo que necesita; no vaya a ser que lleguemos a él cuando ya la niñez sea sólo un recuerdo triste y gris, por nuestra culpa”

A ese niño de breve infancia va dirigida esta educación.

Dice “El libro de los espíritus”

Cuando es niño, es natural que, no estando desarrollados los órganos de la inteligencia, no puedan darle toda la intuición de un adulto, y tiene en efecto, la inteligencia muy limitada, y a la espera de que los años hagan madurar su razón. La turbación que acompaña a la encarnación no cesa súbitamente en el acto del nacimiento, y sólo gradualmente se disipa con el desarrollo de los órganos.

Encarnándose el espíritu con la mira de perfeccionarse, es más accesible, durante aquel tiempo (la infancia) a las impresiones que recibe y que pueden favorecer su progreso, al que deben contribuir los que están encargados de su educación.

Sólo entran los espíritus en la vida corporal para perfeccionarse, para mejorarse, y la debilidad de la edad primera les hace flexibles, accesibles a los consejos de la experiencia, y de los que deben hacerle progresar. Entonces es cuando puede reformarse su carácter y reprimir sus malas inclinaciones, y esta es la misión que Dios ha confiado a los padres, misión sagrada de la que habrán de rendir cuentas.

La verdadera responsabilidad moral y espiritual está en los padres. La escuela colabora con ellos mediante una enseñanza metódica y graduada, basada en los siguientes principios: razonamiento, firmeza y amor.

Desde el punto de vista del educador es mucho más difícil educar a un niño dentro del espiritismo, que a un adulto. Porque el espiritismo es una doctrina escrita para adultos, y adaptarla sin desvirtuarla es muy complicado. Además, para que el niño internalice los conceptos que se le transmiten se deben enseñar con amor, con comprensión de las necesidades del espíritu de cada niño que se está educando y con convicción de lo que se enseña.

Desde el punto de vista del educando. No hay otra etapa en la vida como la infancia, cuando al hombre le sea más fácil aprender. Por lo tanto, no se puede desaprovechar ese momento evolutivo.

En esa etapa se plasma y asimila cualquier tipo de conocimiento. Con mayor razón si se brinda una enseñanza que alerte su conciencia y despierte su espíritu a los conocimientos doctrinarios y al análisis de su personalidad.

Si se admite que es de los padres la responsabilidad moral de educar a los hijos, por lo tanto son ellos los que deben impulsar la creación de las escuelas espíritas y asegurar la subsistencia y la asistencia de sus hijos a clase, en forma regular.

La escuela brindará su aporte sistemático, organizado y graduado, porque ésta es la mejor forma de asimilar el conocimiento, de institucionalizar y de jerarquizar la enseñanza que se brinda en el hogar. Todo conocimiento adaptado a las necesidades, intereses y capacidades de un ser, penetra y se aprende mejor y con mayor profundidad.

El enviar al niño a una escuela espírita acelerará la evolución conciente de su espíritu. Brindará al niño una imagen de la vida, una concepción del Universo, de Dios y de la realidad evolutiva, diferente a la que puede adquirir mediante otro tipo de educación sistematizada.

Los objetivos fundamentales que se perseguirán son:

1. Afianzar la fe en la existencia de Dios, único y misericordioso, fuente de amor y justicia, y la existencia de sus leyes. No con fe ciega y dogmática, sino razonada y comprendida como una realidad ineludible de la evolución.
2. Desarrollar la certeza en la inmortalidad e indestructibilidad del espíritu, como en su progreso infinito.
3. Inculcar el valor y la necesidad del progreso por su propio esfuerzo.
4. Brindar los elementos básicos y necesarios para introducirlos en el conocimiento de sí mismo.

El conocimiento y control de nuestra personalidad es la clave para el progreso individual de los seres, y aunque con el transcurrir del tiempo afloran los aspectos negativos, siempre estarán latentes el bien y la verdad.

Las condiciones adecuadas para conseguir esta educación deberían tener en cuenta:

1. Un ambiente fluidico, que se debe obtener con la participación previa de los educadores, antes de las clases, dirigido a conseguir:
 - a) Conocimiento profundo de los temas
 - b) Evitar la improvisación y no manifestar inseguridad.
 - c) Unificación de criterio entre los educadores.
 - d) Establecer contacto mental con los niños, con todos y cada uno de ellos, para poder comprenderlos y preparar las clases de acuerdo a sus necesidades. Esto produce una corriente de afecto que prepara positivamente el ambiente para la clase.
 - e) Fomentar el cariño y la amistad entre los educadores. Superar personalismos, trabajar en estado de humildad, y auto-comprometerse a un cambio personal, a predicar con el ejemplo.
 - f) Educar con amor. Este sentimiento que el educador es capaz de desplazar hacia ese espíritu encarnado en su alumno, es comprensión, tolerancia y firmeza, así como la capacidad de coartar errores. Cuando se educa con amor, el conocimiento queda grabado indeleblemente en el alma del niño.
2. Un ambiente psicológico
 - a) Conseguir que la educación moral se realice con la cooperación del niño. Se debe transmitir comprensión y aceptación de las leyes universales, para que el niño, advirtiendo que el adulto está comprometido como él, en su cumplimiento, asimile por razonamiento el sentido universal de la enseñanza.
 - b) Dirigir la enseñanza hacia la inteligencia, pero conmoviendo los sentimientos. Esto lo logra un educador convencido y conmovido.
 - c) Interesarse en los intereses individuales de cada niño. Recordemos que cada uno de ellos es un espíritu diferente con distintos niveles de captación y comprensión, por eso las manifestaciones espontáneas con respecto a sus experiencias cotidianas son muy valiosas para comprender cada personalidad en formación.

- d) En este clima de respeto mutuo, se debe escuchar al niño, no señalando sus errores, sino estimulando sus aciertos, utilizando la persuasión en lugar de la imposición, y por sobre todo, descartemos el temor, el miedo a Dios y a sus leyes.
- e) Es necesario que el niño sienta seguridad para desenvolverse en la vida, seguridad en el amor de sus padres, en la protección del mundo espiritual y en la armonía perfecta de la naturaleza. Ésta es una necesidad psicológica indispensable para su normal y sano desarrollo.

3. Un ambiente pedagógico y didáctico

- a) Unificación de criterios entre los educadores
- b) Conformación de grados de acuerdo a la edad de los niños.
- c) Método según las necesidades.

Inductivo: de simple a lo complejo

Deductivo: de lo general a lo particular

- d) Clases dinámicas, amenas y que despierten interés y curiosidad.

e) Biblioteca, considerada sumamente importante y enriquecedora, porque el conocimiento espírita debe ser analizado, estudiado e interpretado. Para ello, el niño debe iniciar cuanto antes, hábitos de lectura, razonamiento y análisis, teniendo en cuenta todo lo que ese ejercicio favorece. La biblioteca debe incluir libros cuidadosamente seleccionados, que sean consecuentes con los principios de la doctrina espírita para que no desorienten al niño, que no contengan imágenes o conceptos religiosos, ideas políticas o situaciones que inciten a la violencia, sobre todo si los van a leer pequeños que aún no tienen capacidad de razonar, seleccionar y rechazar. Con los mayores se apelará a su propio juicio. El papel de guía de los bibliotecarios es fundamental.

Debe existir mucho entusiasmo y conciencia del aporte del educador al ambiente fluido, que fortalecen los lazos con los niños. Pero el niño no está sólo. Vive en un hogar y es necesario que comparta con sus padres lo que recibe en la escuela espírita. El niño valora lo que valoran sus progenitores y si ve que ellos no comparten el conocimiento espírita, éste carecerá de importancia para él. Pero transmitir el conocimiento espírita a un niño no es fácil. Se debe tener en cuenta qué enseñar, cómo hacerlo, cuánto enseñarle y cuándo comenzar,

Por ello los padres también deben prepararse para ser padres y para saber transferir este conocimiento a sus hijos.

La psicóloga Eva Giberti decía:

“¿Quién enseña a los padres a ser padres? ¿Dónde se aprende a trabajar como padres? Pues, experimentando sobre los propios hijos”.

Una dificultad de este aprendizaje estriba en que “cuando finalmente, se aprende a ser padres suele ser un poco tarde para algunos aspectos de la educación o conducción”.

Esto se refiere a la capacitación psicológica que los padres pueden poseer, ya que no hay escuelas que les enseñen a ser padres, lo que hace que uno no siempre sepa qué hacer con cada hijo y con las luchas que éstos presentan en cada etapa de su desarrollo.

El otro aspecto se refiere específicamente a los conocimientos doctrinarios y morales que los padres deberíamos tener para luego brindárselos a nuestros hijos. Por ejemplo: a qué edad comenzar la enseñanza de la idea de Dios,

cómo hacerlo, qué elementos incorporar a medida que crecen, cómo enseñarles a elevar el pensamiento, cómo hablarles de la muerte, la reencarnación.

Porque el espiritismo no es un conocimiento más, que los seres humanos podemos adquirir, como lo hacemos con las matemáticas, la historia, o la geografía. Aceptar la doctrina espírita es adaptar toda una forma de vida, una transformación moral, como decía Kardec, en cuanto a pensamientos, sentimientos y conducta.

El Espiritismo sugiere el cambio. Educamos a nuestros hijos para formarlos como individuos de mente libre y universalista, de actuar positivamente en la familia, la institución espírita y la sociedad en general; en una constante búsqueda por la transformación de sus impulsos, de sus tendencias erróneas, en sentimientos positivos que le brindan felicidad.

Desde que el ser acepta como una verdad la inmortalidad del espíritu, y la reencarnación como la ley que permite el progreso constante que emana del amor y la justicia divina, asume el compromiso de dar a su vida un impulso de progreso, de dar a sus hijos una educación que parta de esta verdad.

Éste es el gran desafío.

“Somos espíritus que hemos encarnado con un compromiso, el progreso individual, familiar, social y de la doctrina que se sostiene como una verdad trascendente, y los hijos también lo son.

En la familia, es el primer ejercicio que el ser realiza para la convivencia, donde experimenta y aquilata los valores que deberá desarrollar luego, en la vida social.

En la institución espírita, porque quien se compromete a participar en una institución de estas características adquiere el compromiso moral de constituirse en un hecho de progreso. Para esto es necesaria la firmeza en el ideal que dará la lucidez y la fortaleza para conducirse y conducir a los hijos.

Ser espiritista debe ser:

1. Transmutar conductas con el esfuerzo constante, con la reflexión diaria.
2. Contribuir al cambio social a partir del cambio personal, del ejemplo y de la educación, nunca por la represión o la violencia.
3. Asumir el compromiso con la institución, dejando de lado los personalismos que deslucen la tarea.
4. Intentar mejorar cada acto librándonos de la angustia del perfeccionismo, de modo que podamos asumir nuestra propia imperfección.
5. Ser optimistas porque no se puede admitir lo contrario. Significa saber que cada mañana es una nueva oportunidad, que cada error es una nueva experiencia enriquecedora, que cada existencia es un cúmulo de experiencias, que cada dolor nos fortalece, nos renueva y nos hace crecer.
6. Ser honesto con uno mismo y con los demás.
7. Vivir con dignidad y morir con naturalidad. Afrontar la muerte como un acto de transición, por el cual dejamos a nuestros seres queridos encarnados para reunirnos en el plano espiritual con aquellos que nos aguardan con felicidad.
8. Afrontar el dolor aceptando con un sentimiento de humildad lo que aún no nos es dado comprender, reparando además, que hay otros seres que sufren sin la luz de un conocimiento que los oriente, que les

explique las razones de su dolor, que les de las respuestas que necesitan para reconfortar su espíritu.

9. Brindarse permanentemente con generosidad, atendiendo las necesidades materiales y espirituales de todos los seres.
10. Establecer una comunicación constante con el protector, propiciando de esta forma, la intuición.
11. Sentir agradecimiento a Dios, demostrado con el buen humor cotidiano, la cordialidad y el deseo de hacer y de compartir el esfuerzo con alegría.
12. Educar con el ejemplo.

Estas características a las que debe aspirar el verdadero espiritista, es lo que evidencia la firmeza en el ideal.

Cuando el ser comprende cual es su compromiso de espíritu y lo asume en función de su propia determinación, de su libre albedrío, inicia así el proceso, lento pero efectivo, de aprendizaje de nuevas diferentes formas de actuación en la vida, con un objetivo definido.

La comprensión y valoración de ese objetivo y la puesta en marcha del cambio constituyen la firmeza en el ideal. No la perfección, pero sí el esfuerzo.

El espiritista debe educar a sus hijos en el conocimiento de sí mismo. Debe verlos como espíritus en evolución en una etapa de compromiso con el progreso, sin olvidar que debe responder ante Dios por su formación.

Debe detectar sus posibilidades a partir de sus potencialidades, y también detectar sus tendencias erróneas que debe encauzar hacia el cambio.

Para que nuestra firmeza no se vea debilitada por las presiones que provienen de la sociedad, es conveniente que nuestros hijos sepan que lo importante, lo trascendental es ser distinto, auténtico, fiel al propio pensamiento. Tener una escala de valores que no se deje llevar por la moda del momento. Demostrar que el valor del ser humano y su felicidad está en encontrar lo que verdaderamente es, lo que tiene como conquista y lo que puede llegar a ser con estas posibilidades.

El padre debe detectar cual es el compromiso espiritual del hijo: qué aspectos o circunstancias de la vida social serán favorables para que ponga en movimiento sus potencialidades y limite sus tendencias negativas.

Los espiritistas no deben desalentarse por ser minoría. Las minorías impulsan el progreso de la humanidad, mientras las mayorías siguen la corriente. Son las minorías las que investigan, estudian, se proponen un progreso moral, científico y social. Aceptando una vida anterior y una vida futura, hay un compromiso al esfuerzo por el cambio.

Al abocarse al cumplimiento de la premisa enumerada por Allan Kardec: "Al verdadero espiritista se lo reconocerá por su transformación moral", y al estudio racional y analítico de la doctrina, se estará cumpliendo con el verdadero compromiso como espírita: educar para el progreso de la humanidad desde el progreso individual, personal y de nuestros hijos con confianza en las leyes universales y confianza en el ideal.

En el año 1.986, la Confederación Espírita Panamericana designó "Escuela espírita piloto" a la fundada en 1.954 en la ciudad de Rafaela, de la provincia de Santa Fe en la República Argentina. Para ese año existían ya método y planificación, pero todo no había comenzado así.

La escuela comenzó a funcionar en 1.954, en forma simple, en casas de familia, agrupando a 5 o 6 niños, hijos de familias espíritas; igual que en otras sociedades, donde sólo se contaba con la buena voluntad de algunas madres,

que sin título de magisterio, pero con entusiasmo y conocimiento espírita, comprendían la necesidad de adelantar en el tiempo, el estudio sistemático de la doctrina kardeciana y ponerla al alcance de los niños.

Careciendo de planificación, sólo la intuición maternal, el deseo de servir, el amor a la doctrina y la evolución, las impulsó a brindar esa dedicación a los niños.

Las clases se dictaban los sábados a la tarde, los temas se basaban en las enseñanzas morales de las obras de Constancio Vigil, escritas para los niños; en la lectura de "El libro de los espíritus", escogiendo temas que pudieran comprender los pequeños; en la conversación sobre temas morales, como ser la conducta de los hijos para los padres; actitudes de servicio y solidaridad que pueden desarrollar a esa edad; el comportamiento en la escuela, con los vecinos; el conocimiento de su personalidad, etc.

La metodología didáctica era la lectura y luego los comentarios. Toda la labor era oral. Con el transcurso del tiempo, la experiencia, la buena voluntad y el deseo de enseñar, incrementaron el orden y la organización.

La escuela espírita para niños comenzó a funcionar en dependencias de la institución. El único grado se dividió en 3 secciones. Aumentó el número de alumnos. Comenzaron a utilizarse otros elementos didácticos de trabajo: cuadernos, pizarras, etc.

Hacia 1.966 la enseñanza se sistematizó. Con la colaboración de docentes con título oficial, se confeccionó, en base a la experiencia adquirida durante esos años de ensayo y error, un primer programa que contenía los temas que debían desarrollarse durante el período de enseñanza.

Se decidió que las clases se impartieran en 6 grados. Los niños ingresaban al finalizar su primer grado en la Escuela Oficial, cuando ya sabían leer.

En 1.969 lograron un local propio y se estructuró un cuerpo directivo. A partir de los primeros programas se elaboraron los textos de lo que constituirían los 3 tomos de "El Espiritismo al alcance de los niños", que actualmente sirven de base para organizar las Escuelas de Enseñanza Espírita a la Niños en América.

También se elaboró el "Cursillo de Pedagogía Espírita" editado en 1.973 y la "Introducción a la Psicología Espírita", en 1.975, ambos dedicados a capacitar y formar a los educadores.

Como la escuela no termina en los niños ni en los maestros, sino que nace y se continúa en el hogar, hacia allí se dirigieron las miras; porque se comprendió que la efectividad de la enseñanza no se logra con una hora de clase semanal, o con lo que los padres, verdaderos y reales responsables depositarios de la educación moral de los hijos, les pueden dar en el hogar. Ambos, hogar y escuela deben aunar esfuerzos, criterios, metas y contenidos. De allí surgen los cursillos para los padres, que luego se imprimieron bajo el título: "Introducción a una escuela espírita para padres".

Sabemos que con el transcurrir del tiempo, es necesario efectuar modificaciones propias de la evolución humana y de los nuevos conocimientos que brinda el mundo actual.

Como la marcha del progreso es constante, nuevos temas morales y doctrinarios se van incorporando a aquel primer programa, teniendo siempre como meta la doctrina kardeciana, el desarrollo del sentimiento en los niños y el cultivo de su razonamiento. Con ese nuevo material se le agregó otro tomo a la obra inicial.

El número de alumnos aumentó progresivamente, así como el cuerpo de docentes. La atención de los alumnos es muy personalizada, por lo que en cada aula con 10 – 12 niños, trabajan 3 docentes. Generalmente uno de ellos con mayor experiencia tiene funciones de coordinación, otro con formación reconocida y otro perteneciente al grupo juvenil, en vías de formación docente.

La preparación del maestro. No se exige personal especializado, pero se solicita la voluntad individual de brindarse a la obra con amor a los niños y responsabilidad en su labor. La formación se obtiene a través de la lectura, del estudio, y de la observación en el aula con la actuación de docentes con experiencia.

El deseo de afirmarse en el bien, de superarse, de desear ser más noble, más generoso, más comprensivo, la mayor capacidad de perdonar y la facilidad para no juzgar, producen una acción de bien que dará al educador el respaldo para la tarea a emprender, aunque las luchas con su propia personalidad continúen.

El conocimiento de sí mismo, por otra parte, conducirá al grupo de maestros, a la humildad individual, al cariño y la sinceridad, creando así fuerzas fluídicas para el trabajo con los niños y en la propia vida personal.

Los mejores resultados en el trabajo de aula se obtienen a partir de esa unificación afectiva. A tales efectos, los docentes se reúnen semanalmente para organizar las clases y para fomentar la camaradería.

El trabajo en el aula tiene 3 objetivos fundamentales:

1. Brindar al niño un conocimiento fiel de la doctrina de Kardec.
2. Despertar en el niño la sensibilidad emotiva para lo cual el educador dedicará toda su ternura y amor.
3. Adecuar el conocimiento doctrinario y moral a situaciones prácticas y cotidianas, tratando de que los niños encuentren puntos de referencia entre la teoría que se le enseña y sus vivencias personales.

La biblioteca constituye la médula de la enseñanza espírita. Debe estar muy organizada, formada por libros muy seleccionados y su uso debe ser muy dinámico, para que así se transmita el interés en el niño. La actuación de los docentes bibliotecarios es primordial para incrementar el número de lectores.

Se hace tanto hincapié en la lectura y la biblioteca porque el Espiritismo no sólo se aprende en las conferencias, las sesiones mediúmnicas y aún en la escuela espírita. Es necesario aprenderlo leyendo la obra de Allan Kardec y de todos aquellos escritores que abracen esta doctrina. Para ello hay que aprender a analizar, razonar, sintetizar y estudiar.

Este objetivo debe ser perseguido por los niños desde pequeños en sus libros de cuentos primero, y con obras cada vez más profundas después. Se trata de fomentar en ellos la buena lectura y la valoración de obras trascendentes. Para esto deben ser capaces de analizarlas y de extraer conocimientos razonados, para luego, si es posible, ponerlos en práctica. Así se fortalecerá el lazo niño – libro – escuela – hogar.

Se utilizarán todos los recursos o técnicas didácticas conocidas en la pedagogía moderna encaminadas a lograr:

1. Desarrollar el juicio, enseñándoles a pensar.
2. Despertar la responsabilidad.
3. Sembrar la semilla de la justicia.
4. Combatir la violencia.
5. Promover la amistad y el compañerismo.

6. Hacer un hábito del servicio y la solidaridad.

Recordamos las palabras del sabio chino Kuan – Tseu:

Si tus planes son para dentro de un año, siembra trigo,

Si son para diez años, planta un árbol frutal

Y si son planes para dentro de cien años, instruye a tu pueblo

Porque sembrando trigo una vez, cosecharás una vez

Plantando un árbol, cosecharás diez veces

E instruyendo a tu pueblo, cosecharás cien veces.